

Poesía de delgadez y mansedumbre

Digo delgadez, que es la forma gemela de "delicadeza". Cada vez que leo un libro de Carlos Luis Sáenz, este juicio se me confirma. Poesía delgada, adelgazada; poesía que, junto con ésto, dibuja un mundo de apacibilidad, de sosiego, un mundo en que se respira aroma suave de almas benignas, de almas buenas. Mansedumbre, es la palabra. Poesía de delgadez y mansedumbre.



Isaac Felipe Azofeifa

El libro que leo se llama "Pilares del viento", y es el más reciente de nuestro gran poeta (Edit. Costa Rica, 1977), cuya obra va siendo ya hora de que se estudie, se profundice y se aprecie su esencia y forma con raíces en la ya clásica generación española del 27. En efecto, la generación de García Lorca, Guillén, Salinas, Alberti, Dámaso Alonso, —para citar solo a los más grandes—, realizó el trabajo de revelar la condición poética esencial de la palabra. De tida palabra sin distinción. En la forma externa del vocablo se habían detenido los orfebres y músicos del modernismo. En la forma interior trabajan los poetas de la generación del 27. Los versos no suenan, tiemblan. La emoción se vuelve en ellos un cristal que vibra, una transparencia que nos inunda como un agua clara. No por otra razón esta poesía se llena de "ángeles". Estos son los habitantes naturales de la poesía de Carlos Luis: "invulnerables ángeles", "voladores ángeles", "ángeles dormidos".

Y no hay presencia de niños sin que se evoquen pájaros; y la niña es más aire que carne; y la lluvia no es otra cosa que una nube gris cantando; el pueblo con sus colinas pasa debajo del arcoiris; y todo está lleno de azucenas, lirios, mariposas, niños y pájaros, y azahares de naranjos, y cienlos claros o tersos como lagos, y almas enternecidas por la tristeza, y el mar, los nubarrones y los corazones, son mansos, siempre mansos.

Hay un don de melancolía, sin embargo, en este libro; un delicado sentimiento de nostalgia de lo ya vivido, junto a una gran esperanza. El poema que da nombre al libro le muestra al lector un argonauta que al final de su viaje sólo trae en las manos la luz de la estrella vespertina. "Soy una sombra, hermanos", dice; "sólo esto me ha quedado: la voz". Y al mirar el mundo en torno, más allá de este paisaje de mansedumbre y paz, tiene este mensaje que entregarnos: "Escoged. Os aseguro, hermanos, os invito al futuro". "Os invito a ser hijos de la poesía/hermanos/oh jóvenes hermanos/.

Deveras, Carlos Luis, gran poeta, que hay que repetir muchas veces esta invitación a los jóvenes de nuestro tiempo.